

LA FELICIDAD EN LA OBRA DE SCHOPENHAUER

Enrique Suárez-Íñiguez

*El hombre más perfecto
del mundo sería aquel que
nunca fuera irresoluto y
nunca tuviera prisa.*

Arthur Schopenhauer

La filosofía, había dicho Platón en el *Eutidemo*, es el uso del saber para ventaja del hombre. Goethe, por su parte, afirmó que los filósofos no pueden ofrecer otra cosa que formas de vida. Qué mejor saber, cuál ventaja mayor que una forma de vida que consiga la felicidad: el tema universal, la búsqueda de todos, la finalidad de la vida. Por eso casi todos los grandes filósofos han escrito sobre ella. Schopenhauer no fue la excepción, a pesar de haber sido llamado el filósofo del pesimismo.

Nuestro autor pensaba, con razón, que una filosofía moral que no puede ser comprendida por todos no cumple con su fin y, por ello, se ocupó en exponer la suya en términos sencillos y accesibles: una

filosofía moral de enorme importancia, llena de ideas sugerentes y de sabiduría humana. Dentro de ella, la felicidad ocupa un sitio especial.¹

Schopenhauer habla de sabiduría de la vida en el sentido común del término, es decir, como el arte de ordenar nuestras vidas para conseguir la mayor cantidad posible de placer y éxito. En otras palabras, una vida tal que sería a todas luces preferible a la no existencia y que, por tanto, la amáramos por sí misma y no sólo por miedo a la muerte. Una vida tal que quisiéramos que nunca terminara.

Quizá la mejor y más clara forma de iniciar la explicación del papel que reserva Schopenhauer a la felicidad sea con su división de los bienes del hombre. Aristóteles había desarrollado la división griega de bienes del alma, del cuerpo y exteriores. Schopenhauer dice que retoma de ello sólo el número y lo divide en: *lo que el hombre es*, es decir, personalidad en el amplio sentido de la palabra y bajo la cual incluye salud, fuerza, belleza, temperamento, carácter moral, inteligencia y educación. *Lo que el hombre tiene*, es decir, propiedades y posesiones de todo tipo. *La posición que tiene en la estimación de los otros*, es decir, la opinión

¹ La filosofía moral de Schopenhauer se encuentra en *Los dos problemas fundamentales de la ética* (edición original en 1841), traducido por lo general en dos tomos: *Sobre el libre albedrío y El fundamento de la moral* y en los *Aphorismen zur Lebensweisheit* que forman parte de *Parerga und Paralipomena* (1851). Más de un siglo después no existe traducción completa al español de esta última obra (véase la nota preliminar de la traducción de la obra *Schopenhauer*, de Bryan Magee, Madrid, Cátedra, 1991). *Los Aphorismen* han sido traducidos como *Aforismos sobre la sabiduría de la vida* en la Colección Iniciación Filosófica de Aguilar, pero es una traducción pomposa y de difícil lectura que pierde el sentido de ser de la obra: “una exposición popular de los puntos de vista del autor en materia de práctica” (T. B. Saunders). La traducción al inglés que sigo, en cambio, es de una sencillez extraordinaria y totalmente accesible para un público amplio. El papel de la voluntad también se encuentra en la obra mayor de Schopenhauer, *El mundo como voluntad y como representación* (1819).

Debido a que leí a Schopenhauer cuando fui Profesor Visitante en la Universidad de Cornell, utilizo las traducciones de sus obras al inglés, en las ediciones que a continuación cito: *Essays of Arthur Schopenhauer*, seleccionados y traducidos por T. B. Saunders, New York, A. L. Burt Publishers, 1893 (hay reediciones recientes). Aquí se incluyen diversos ensayos, entre ellos, la traducción de los *Aphorismen zur Lebensweisheit*, en dos partes, bajo los títulos *The Wisdom of Life* y *Counsels and Maxims. Essay on the Freedom of the Will*, New York, the Liberal Arts Press, 1960. *The Basis of Morality*, traducido por Arthur B. Bullock, London Swan Sonnenschein & Co. Limited, 1903. Las referencias en español son, por tanto, traducción mía.

de los demás respecto de él, basada en el honor, el rango y la reputación. Todo el alegato de Schopenhauer consiste en demostrar que no sólo el primer aspecto es el que vale más sino el que produce mayor y más segura felicidad.

Un ser humano se distingue, pues, por lo físico, lo intelectual y lo moral. Lo físico implica estar dotado de belleza y fuerza; lo intelectual —una gran cabeza dice Schopenhauer— produce una obra (escrita, pictórica, etcétera); lo moral —un gran corazón— produce acciones prácticas.²

Lo que el hombre es, comparado con lo que tiene, nos dice, es como comparar a un rey de verdad con un rey en el escenario. Es lo que nos acompaña a todas partes; es la fuente inmediata de satisfacción o insatisfacción que tenemos, resultado de todas nuestras sensaciones, pensamientos, deseos, temores y acciones. Lo de afuera de nosotros tiene sólo una influencia indirecta o mediata en nuestra felicidad. Desde la Antigüedad, ya Metrodoro, el antiguo discípulo de Epicuro, sabía que “la felicidad que recibimos de nosotros es mayor que la que recibimos de nuestro alrededor”. El principal elemento de nuestra felicidad es aquello de lo que estamos hechos, nuestra constitución interna. Es por ello que la ayuda externa es de poca utilidad. Es por ello que un mismo estímulo o una misma circunstancia provoca reacciones distintas en personas diferentes. “Los hombres no son influenciados por las cosas sino por sus ideas sobre las cosas”³ y la única manera de entender realmente una conducta es entender sus motivos.⁴ No hay, pues, que envidiar las circunstancias de vida de ciertos personajes sino el carácter y temperamento que los hace vivirlas de la forma en que lo hacen. La poesía de Goethe o de Byron, afirma Schopenhauer, alude a circunstancias cotidianas y fue el genio de ambos lo que les permitió presen-

² Esto me recuerda aquello que W. B. Yeats escribió: “*The intellect of man is forced to choose perfection of the life or of the work*”.

³ *The Wisdom of Life de Aphorismen zur Lebensweisheit*, en *Essays of Arthur Schopenhauer*, *op. cit.*, p. 13.

⁴ *Ibidem*, p. 80.

tarlas como algo bello y extraordinario. No debemos envidiar tampoco el rango, pues los reyes, estadistas y famosos son mortales como nosotros y llevan también en su interior penas y alegrías, deseos y temores; y en ese sentido son iguales a nosotros, aunque el contenido de esas sensaciones y experiencias pueda variar.

Todo confirma que lo que el hombre es tiene incomparablemente mayor importancia para nuestra felicidad y placer que todo lo demás. “Porque lo que un hombre es en sí mismo, lo que lo acompaña cuando está solo, lo que nadie le puede dar ni quitar es obviamente más esencial para él que cualquier posesión o lo que los demás creen que es”.⁵ Y de todo lo que el hombre es, la salud es lo principal, al grado de poder afirmarse que un pordiosero sano es más feliz que un rey enfermo. Por ello hay que cuidarla evitando excesos, emociones violentas y desagradables y, sobre todo, tensión mental excesiva. También hay que hacer ejercicio diario al aire libre. Nada hay más tonto que sacrificar este bien supremo, la salud, por conseguir cualquier otra cosa.

Después de la salud, lo más importante es la alegría y el buen humor. Schopenhauer cuenta que una vez, cuando era joven, abrió un libro y encontró estas palabras: “Si tú ríes mucho eres feliz; si tú lloras mucho eres infeliz” y apunta que no por simples dejan de ser verdaderas. Cuando la alegría toque la puerta, hay que dejarla entrar, “pues nunca viene inoportunamente”.

Además de tener una buena salud y un alegre y tranquilo temperamento, feliz en el disfrute de una saludable *psique*; para ser feliz se requiere un intelecto claro, vívido, penetrante, que vea las cosas como son; una fuerte voluntad y, por tanto, una buena conciencia. Todo esto son privilegios que ninguna riqueza o posesión pueden igualar y son los componentes de la felicidad humana.

La felicidad en sí se consigue con una buena conciencia y ésta es el resultado de una voluntad en ejercicio constante que cumple con su deber y no hace nada incorrecto. De lo que se desprende que la mala

⁵ *The Wisdom of Life*, p. 6.

conciencia, y por tanto la infelicidad, viene de no cumplir con el deber o de hacer algo incorrecto o de no ejercitar la voluntad.

Del segundo tipo de bienes, las posesiones, podríamos decir que Schopenhauer admite su importancia siempre que no sean considerados como fines en sí mismos. Dentro de ellos, la riqueza es preferible al poder: sólo los tontos prefieren el rango a la propiedad, nos dice. Al tercer tipo de bien, lo que los demás opinan de nosotros, Schopenhauer le dedica varias esclarecedoras y contundentes páginas. Dice que aunque hay que cuidar del buen nombre de uno, es decir, de la reputación, no hay que concederle demasiada importancia a la opinión de los demás pues, por lo general, no influye gran cosa en nuestra felicidad y, por el contrario, puede ser muy perjudicial para ella. Aprenderemos a no darle demasiada importancia

cuando veamos qué superficiales y vanas son la mayoría de los pensamientos de la gente, qué estrechas sus ideas, qué mezquinos sus sentimientos, qué perversas sus opiniones y cuánto de error hay en la mayoría de ellos; cuando aprendamos por experiencia con qué desprecio habla un hombre de sus semejantes cuando no tiene motivos para temerles o cuando cree que lo que dice no llegará a sus oídos.⁶

Concederle demasiada importancia a lo que los demás opinan es un error generalizado, una “manía universal” totalmente infundada. La mayoría de los hombres le dan un gran valor a las opiniones ajenas y están más preocupados por ellas que por lo que pasa en su propia conciencia. Esto es una inversión del orden natural: consideran como reales las opiniones de los otros y su propio conocimiento como algo borroso, haciendo de lo derivado y secundario lo principal, y considerando la imagen que dan al mundo como más importante que sus propios seres. Nuestras ansiedades, preocupaciones, disgustos, problemas y arduos esfuerzos son debidos, quizá en su mayor parte, a lo que los demás puedan decir. Y dado que la felicidad depende de la tranquilidad

⁶ *Ibid*, pp. 41-42.

de conciencia y de la satisfacción, nada podrá contribuir más a ella que reducir esta absurda manía a límites razonables: quizá cincuenta veces menos, dice Schopenhauer con buen humor.

En síntesis, siempre hay una relación entre el sujeto y el objeto, pero es mucho más importante el primero que puede cambiar la apreciación del segundo. Todo lo que pasa o existe para un hombre, dice nuestro autor, pasa o existe según su conocimiento, en su *consciousness* y por ello lo fundamental es la formación de ese conocimiento, de esa conciencia.⁷

Entonces de lo que se trata es de la formación del carácter. ¿Y qué podemos decir de su mejoramiento? Aquí aparece un problema central porque Schopenhauer dice en diversas ocasiones que el carácter no se puede cambiar, que es incorregible⁸ y que lo que un hombre hace bajo determinadas circunstancias lo volverá a hacer en circunstancias similares.⁹ Sin embargo, es un problema aparente, porque en realidad

⁷ *Consciousness* es difícil de traducir en una sola palabra al español. Por supuesto, se puede traducir como "conciencia" o como "conocimiento", pero no da la idea exacta si no se explica. *Consciousness* significa "ser o estar consciente de", "darse cuenta de". En ese sentido, todo lo que pasa o existe para un hombre, según Schopenhauer, le pasa o existe en su *consciousness*, es decir, pasa y existe en la medida en que se dé cuenta de ello, en que está consciente de ello. Como vimos antes, lo interpretará según lo que lleva dentro, según *lo que es* (su personalidad). De nuevo: "Los hombres no son influenciados por las cosas sino por sus ideas sobre las cosas", *The Wisdom of Life*, p. 13).

⁸ "Nadie puede alterar su propia individualidad peculiar, su carácter moral, su capacidad intelectual, su temperamento o su *psique* y si vamos tan lejos como para condenar a un hombre por cada punto de vista, no le dejaremos nada sino que estaremos en conflicto dado que prácticamente le estaríamos dejando el derecho a existir sólo bajo la condición de convertirse en otro hombre —lo que es imposible: su naturaleza lo prohíbe". *Counsels and Maxims de Aphorismen zur Lebensweisheit*, en *Essays of Arthur Schopenhauer*, *op cit.*, p. 21 Cfr. también p. 29.

⁹ "...Porque todas las acciones de un hombre emanan de un principio interno en virtud del cual debe hacer siempre la misma cosa bajo circunstancias similares; y no puede hacer otra cosa", *Counsels and Maxims*, p. 29. Nótese que Skinner no dijo nada nuevo. Lo aseverado aquí por Schopenhauer es exactamente lo que Skinner propone como una de sus tesis centrales. Véase B. F. Skinner, *La conducta de los organismos*, Barcelona, Fontanella, 1975 (edición original en inglés 1938); *Ciencia y conducta humana*, Barcelona, Fontanella, 1970 (edición original 1953); *Sobre el conductismo*, Barcelona, Fontanella, 1975 (edición original 1974); *Contingencias de reforzamiento. Un análisis teórico*, México, Trillas, 1979 (edición original 1969).

Schopenhauer sí cree que se puede cambiar y por ello escribe sus consejos y máximas. Si no fuera así, habría una contradicción insalvable en la teoría de Schopenhauer. ¿Para qué aconsejar cómo vivir una vida mejor si no podemos cambiar?

El problema, a mi juicio, deriva de la concepción del término “cambiar”. Para Schopenhauer, cambiar es transformarse en *otro* distinto y esto no cree que sea posible;¹⁰ pero mejorar el propio carácter, sí. No sólo en los *Aphorismen* sino en *Sobre el libre albedrío* y en *El fundamento de la moral* encontramos el mismo asunto. Explícitamente afirma que el carácter es incorregible, pero nos da los medios para mejorarlo, para perfeccionarlo, vale decir, para corregirlo. Es indispensable tener presente esto al estudiar la filosofía moral de nuestro autor, pues de otra forma podría malinterpretarse.

Konstantin Kolenda, Profesor Asociado de Filosofía del Rice Institute y traductor de *Essay on the Freedom of the Will*, en su introducción, cita a Schopenhauer cuando éste escribe en *El mundo como voluntad y como representación* lo siguiente: “La conducta de un hombre puede visiblemente haber cambiado sin justificarnos en la conclusión de que su carácter ha cambiado”. Acto seguido, Kolenda se pregunta cómo sabe esto Schopenhauer y responde que la única evidencia que tiene son los cambios observados en la conducta. “A la luz de estas consideraciones, continúa, la pretensión de Schopenhauer de que el carácter es innato e inmodificable resulta bastante dudosa.”

Creo que el problema puede solucionarse como yo sugiero: carácter para Schopenhauer es algo como la esencia,¹¹ algo que no se puede cambiar en *otro* carácter o en algo completamente distinto: *somos lo que*

¹⁰ Aunque en una ocasión admite aun este cambio. Después de indicar que es sólo a través de la práctica que se consigue hacer bien las cosas, aun si desde el principio se conoce la regla, dice: “Es sólo por una larga práctica que un alcornoque se convierte en un cortesano, que un hombre apasionado se convierte en astuto y sabio en palabras o uno franco en reservado o uno noble en irónico”. Y añade: “Pero aunque la autodisciplina de esta clase es el resultado de un largo hábito, siempre trabaja por una suerte de compulsión externa que la Naturaleza nunca deja de resistir y algunas veces, inesperadamente, vence”, *Counsels and Maxims*, p. 30.

¹¹ Esencia: naturaleza de las cosas, lo permanente e invariable en ellas, lo que el ser es.

somos; pero sí podemos cambiar conductas para mejorar: *ser mejores dentro de lo que somos*.¹²

Los consejos y máximas que nos da Schopenhauer son precisamente los medios para mejorar nuestro carácter y, de esa forma, poder ser más felices y tener más éxito en la vida. Y para lograrlo se requiere autocontrol. Sin él no podremos manejarnos como él propone. “El autocontrol, también, es algo que está en nuestro poder”.¹³ ¿Y qué es el autocontrol? Aunque las fórmulas y principios generales no son las bases reales de la moralidad, nos dice Schopenhauer, son indispensables para una vida moral, pues sin ellos estaríamos irremediabilmente sometidos a los incentivos antimorales. “El autocontrol descansa precisamente en la rápida y firme adherencia y obediencia a esos principios, a pesar de los motivos que se opongan a ellos”.¹⁴ Aristóteles había dicho que la voluntad es acción y que cuando se repite se convierte en hábito. Schopenhauer, aunque entiende por voluntad algo distinto,¹⁵ estaría de acuerdo en que se forma a través de acciones.¹⁶ Por eso la práctica es fundamental.

Entender una regla que gobierna la conducta hacia otros, aun descubrirla por uno mismo y expresarla claramente, es fácil y, sin embargo —muy poco después— la regla puede ser rota en la práctica. Pero eso no es razón para desesperar y no necesita imaginar que es imposible regular su vida con-

¹² En la forma en que propongo se resuelve el problema de fondo, pero subsiste el de forma, pues si podemos modificar conductas y mejorar, eso significa cambiar.

¹³ *Counsels and Maxims*, p. 15.

¹⁴ *The Basis of Morality*, *op. cit.*, pp. 179-180.

¹⁵ Schopenhauer cree que el conocimiento de nosotros mismos es objetivo —nos conocemos como cuerpo— y subjetivo —tenemos una *consciousness* interna de nuestra propia existencia y poseemos sentimientos, deseos, temores, etcétera. Este mundo interno es lo que Schopenhauer llama voluntad. Cf. R. J. Hollingdale, traductor e introductor de *Arthur Schopenhauer. Essays and Aphorisms*, New York, Penguin Books, 1986 (ed. original 1970), pp. 20-21. Voluntad para Schopenhauer es lo subjetivo, las emociones, nuestra constitución interna (que también implica determinación, decisión, que sólo se lleva a cabo mediante acciones).

¹⁶ *The Basis of Morality*, p. 107.

forme a ideas y máximas abstractas, y que es mejor vivir como usted quiera. Aquí, como en toda instrucción teórica que apunta a un resultado práctico, la primera cosa es entender la regla; la segunda es aprender la práctica de ella. La teoría puede ser entendida de inmediato por un esfuerzo de la razón y, sin embargo, la práctica de ella sólo se adquiere en el curso del tiempo. Un discípulo puede aprender las diversas notas de un instrumento de música o las distintas posiciones en la esgrima; y cuando comete un error, como es seguro que lo hará sin importar lo duro que trate, se inclina a pensar que es imposible observar las reglas... Pero para todo eso la práctica gradual lo hará perfecto, aunque a través de una larga serie de equivocaciones, pifias y nuevos esfuerzos...¹⁷

¡Párrafo crucial, si lo hubo!

Con base en Aristóteles, quien había dicho que la vida es movimiento, Schopenhauer destaca que la continua ocupación es esencial al ser humano: sin actividad no puede existir. El hombre tiene que probar sus fuerzas, sus capacidades y ver qué efecto producen. El hacer algo bien le produce el mayor de los placeres y, entre más importante la labor, más grande el placer.¹⁸ Pero lo que debe hacer es lo que le es propio. En realidad, Schopenhauer dice que la única cosa que está en nuestro poder, es sacar todas las ventajas posibles de nuestras cualidades personales y, por consiguiente, buscar la clase de perfección que ellas admiten y evitar lo demás. Debemos, pues, escoger la posición, ocupación y forma de vida que sean más convenientes para el desarrollo de esas cualidades. La única medida de felicidad o infelicidad que un hombre tiene, es triunfar o fracasar en la perfección de sus poderes y en completar su trabajo.¹⁹

Schopenhauer afirma que “la conciencia es el conocimiento que un hombre tiene de lo que ha hecho”.²⁰ Para ganar un conocimiento empírico de uno mismo y de los otros se requieren acciones pues a

¹⁷ *Counsels and Maxims*, p. 30.

¹⁸ *Counsels and Maxims*, p. 17.

¹⁹ *The Widsom of Life*, p. 29.

²⁰ *The Basis of Morality*, p. 107.

diferencia de los pensamientos son seguras e incambiables. No otra cosa decían Goethe, Carlyle y Fichte. “¿Cómo puede uno conocerse a sí mismo?”, preguntaba Goethe y respondía: “no por la contemplación sino por la acción. Procura cumplir con tu deber y sabrás lo que llevas dentro. ¿Y cuál es tu deber? Lo que pide el día”. Carlyle completaba: “Cumple con la tarea más inmediata, la que sabes es un deber tuyo. Tu segundo deber se te irá aclarando más... Descubrirás con harta sorpresa, como el Lotario del *Wilhelm Meister* [de Goethe] que tu ‘América está aquí o no está en ningún lado’”. Fichte, por su parte,²¹ escribió: “Te encuentras aquí no para contemplarte a tí mismo, no para cavilar sobre piadosas sensaciones; estás aquí para la acción. Tu acción, y sólo tu acción, determina tu valor”.²² El yo, el *self*, se construye con acciones. La realidad no la aprehendemos con la inteligencia, sino con la voluntad, como dijo Cassirer parafraseando a Fichte.

Ahora bien, es cierto que son las acciones las que determinan nuestro valor, pero como vimos antes, sin la razón y las máximas y principios, pronto estaríamos en manos de los incentivos antimorales. Por eso es tan importante el pensar claro y correctamente. Schopenhauer nos aconseja que pensemos con cuidado y varias veces cuando diseñemos un plan, pero que una vez que lo echemos a andar lo dejemos seguir su curso y nos atengamos al resultado, sin volver a pensarlo a cada rato por escrúpulos, miedos, arrepentimientos o para averiguar qué tanto hemos avanzado. Pensar con claridad y tanto como sea necesario es fundamental, pero debemos también aprender que el pensar no puede darse en cualquier momento; sobre todo, el crear nuevas ideas: “ellas vienen si quieren y cuando ellas quieren”.²³ Por lo tanto, hay que seguir el curso de las ideas cuando vengan y no necesariamente cuando fijemos una hora predeterminada para hacerlo.

²¹ Debemos recordar, sin embargo, la pésima opinión que de Fichte, como de Hegel, tenía Schopenhauer. Su crítica aguda, feroz y certera de esos dos filósofos no debe ser nunca olvidada.

²² Pasajes citados por Ernst Cassirer en el espléndido capítulo “Las lecciones de Carlyle sobre el culto del héroe”, en *El mito del Estado*, México, FCE (Colección Popular) 1968 (ed. original 1946), pp. 222-263.

²³ Schopenhauer, *Counsels and Maxims*, p. 13.

A pesar de lo antes señalado y del valor de las máximas y principios, uno debe aprender a conocerse y respetarse a sí mismo, pues cada uno somos distintos. En los grandes momentos de nuestra vida, dice Schopenhauer, cuando uno decide un paso importante, no nos guiamos por un claro conocimiento de lo que es correcto sino por un "impulso interno", un "instinto", que procede de lo más profundo de nuestro ser. Si uno pretende guiarse por reglas generales, por principios que han dirigido a otros olvidando la máxima de que "la comida de un hombre es el veneno de otro", corremos un riesgo grande de hacernos una injusticia a nosotros mismos. El resultado indicará en dónde estaba lo correcto. La sabiduría, que viene con el tiempo, permitirá juzgar correctamente las conductas de los demás y de uno mismo.

La vida es una batalla, dice Schopenhauer, y afirma que Voltaire estaba en lo correcto cuando decía que si triunfamos es a golpes de espada y que morimos con el arma en la mano. Por eso debemos tener un temple de hierro, con armadura para soportar los golpes del destino y armas para lograr nuestros objetivos; armas morales, por supuesto, del carácter y sus cualidades. Nuestra vida y nuestras bendiciones no valdrían la pena con un alma cobarde que tiemble ante cada problema. Enfrentemos, pues, la vida con valor y mostremos un frente firme a cada mal. El valor es, después de la prudencia, una cualidad indispensable para ser felices y es algo que se puede desarrollar a través de "ejercicios decididos".²⁴

Aristóteles decía que el único verdadero placer al que debería aspirar el hombre es a la ausencia de dolor. Schopenhauer pensaba que la felicidad es algo como un espejismo que se ve desde lejos muy atractivo, pero que se desvanece cuando uno se acerca, en tanto que el dolor (o la pena) es real y se vive de cerca. Por eso, el arte o sabiduría de la vida consiste en evitar el dolor. Al desaparecer el dolor, el placer reaparece y eso sólo puede durar un tiempo corto. La felicidad completa no existe. La única posible es la ausencia de dolor o pena y el disfrute

²⁴ *Counsels and Maxims*, p. 53.

de las cosas pequeñas con salud y alegría y, por consiguiente, sólo a eso debemos aspirar. La mejor manera de no ser infelices es no esperar ser muy felices, pues es “extremadamente fácil” ser muy infeliz, mientras que ser *muy* feliz es “imposible”. Para saber qué tan feliz es un hombre no debemos preguntar qué le gusta sino qué le molesta. Entre menos triviales sean las cosas que le molestan más feliz será, pues cuando uno está en dificultades serias o graves las pequeñas cosas no se sienten.

Si se quiere ser feliz hay que evitar ante todo ser conducido por los “fantasmas” de la imaginación.²⁵ Como Thomas Alva Edison una vez dijo: “cualquier cosa que la mente del hombre pueda inventar, el carácter del hombre la puede controlar”. Es de lo que se trata. O, parafraseando a Joseph Conrad en su *Línea de sombra*, el objetivo es templar el alma y sofrenar la imaginación. Es indispensable si se quiere ser dueño de uno mismo, y como señaló Platón, sólo el que se controla a sí mismo puede ser bueno y sólo el bueno puede ser feliz.²⁶

Algo en lo que Schopenhauer hace hincapié es que el presente es el único tiempo real con el que contamos. Nos recuerda, por ello, que en vez de mirar con ansiedad hacia el futuro o de lamentarnos por el pasado, gocemos el presente y lo honremos como se merece, pues nunca viene dos veces. Solemos fantasear que mañana vendrá otra vez; pero mañana será otro día, distinto, y tampoco se repetirá jamás. Es la peor de las tonterías sacrificar el presente por intranquilidades sobre el futuro o contrariedades por lo pasado.

Por supuesto, nos dice, hay un tiempo para la prevención y aun para el arrepentimiento, pero una vez terminado debemos decirle adiós, aunque, claro, “sometiendo nuestros corazones”. Sólo aquellos males que son seguros de acontecer en un tiempo definido tienen derecho a turbarnos y qué pocos son éstos, dice Schopenhauer, pues los males son de dos tipos: o sólo posibles, a lo más probables, o inevitables. Aun en

²⁵ *Counsels and Maxims*, p. 18.

²⁶ Cfr. Platón, *Leyes*, 644a-645c; 662a-664e; Enrique Suárez-Íñiguez, “Las ideas políticas de Platón”, en *Estudios Políticos*, 4ª Época, núm. 12, julio-septiembre, 1996.

el caso de males que son seguros, el tiempo en que sucederán es incierto. El hombre que intente prepararse para esos dos tipos de males no tendrá un momento de descanso.

Por lo tanto, debemos actuar como si los males posibles (o probables) no se fueran a dar jamás y esperando que los seguros no se den demasiado pronto. “Las más terribles desgracias son también las más improbables y remotas, las más difíciles que ocurran”.²⁷ Es un cierto consuelo mirar atrás a esas grandes desgracias que nunca sucedieron.²⁸

La suerte también tiene un lugar importante en los asuntos humanos y debemos aprender a contar con ella. A veces, en vista de un peligro futuro, hacemos alguna acción, algún sacrificio para prevenirlo y resulta que el peligro desapareció y entonces esa acción o ese sacrificio, además de ser pérdidas en sí mismos, traen como consecuencia un estado de cosas tan alterado que es fuente de un peligro real.

Esto está consignado, como tantas otras cosas, en la sabiduría popular con dos dichos: “no debemos curarnos en salud” y “el remedio resultó peor que la enfermedad”. Muchos peligros se desvanecen como las nubes, dice Schopenhauer.

Es sólo después de que el hombre ha renunciado a toda pretensión y tomado refugio en una vida sencilla, cuando podrá encontrar esa paz de la mente que es el fundamento de la felicidad humana. Y para tener paz de mente, además de la tranquilidad de conciencia que vimos antes, es necesario saber disfrutar cada momento, embelesados en las cosas sencillas y cotidianas.

Para poder hacer eso, el primer paso es concentrar nuestra atención en ello o, si se prefiere, retirar nuestra atención de todo lo demás. Esto nos permitirá atender cada cosa en su momento y disfrutarla (si es hermosa) o soportarla (si es penosa) sin que nada más interfiera.

Nuestros pensamientos deben arreglarse como si fueran pequeños cajones, de manera que podamos abrir uno sin distraer a los otros. De esta manera

²⁷ *Counsels and Maxims*, p. 50.

²⁸ *Ibid.*, p. 14.

podremos impedir que la pesada carga de ansiedad recaiga sobre nosotros tanto como para echarnos a perder los pequeños placeres del presente o como para robarnos nuestro resto.²⁹

También nos ayudará a disfrutar el presente el pensar, en los días en que estamos bien y sanos, qué diferentes habrían sido esos días si hubiéramos tenido dolor o problemas graves. Solemos desperdiciar horas y días hermosos y cuando el dolor o el mal llegan cómo nos arrepentimos de ese desperdicio. Disfrutar cada momento con todas nuestras fuerzas es la mejor manera de ser felices (y quizá la más sencilla).

Dice Schopenhauer, con toda razón, que somos muy dados a pensar “¡ah!, si eso fuera mío”, soñando con lo que no tenemos y fantaseando que, de tenerlo, seríamos felices. Él nos aconseja el caso opuesto: pensar mejor “¡ah, si esto no fuera mío!”, es decir, que viéramos lo que tenemos, amor, familia, hogar, posesiones, riqueza, etcétera, como si lo hubiéramos perdido; entonces nos daríamos cuenta de su valor pues, por lo general, es sólo cuando perdemos algo o alguien que nos damos cuenta de lo que valía. Procediendo como aconseja seríamos doblemente ganadores: por un lado obtendríamos más placer de lo que tenemos y, por otro, lo apreciaríamos y cuidaríamos más.³⁰

Cuando estemos enojados con alguien debemos imaginar como un hecho consumado aquello que con ira pensamos, pues así nos representaríamos mentalmente el daño y el dolor que le causaríamos a esa persona y podríamos decir “esto lo causé yo”. La compasión, dice Schopenhauer, es el verdadero antídoto a la ira y practicando este artificio de la mente podríamos evitar el mal cuando todavía es tiempo.³¹

²⁹ *Counsels and Maxims*, p. 15. El texto de Schopenhauer que utilizo es la versión en inglés de Saunders que ya cité. Ahí dice “*from robbing us of our rest*”. *Rest* en inglés significa tanto “descanso” como “resto”. Muchos pensarán que hubiera quedado mejor “robarnos nuestro descanso”, pero a mí me gusta más la idea de “robarnos nuestro resto”, lo que nos queda (de paz, de tranquilidad, de dominio).

³⁰ *Counsels and Maxims*, p. 14.

³¹ *The Basis of Morality, op. cit.*, p. 217.

Como decía Miguel Ángel Asturias “del pensamiento se regresa, de la palabra no”, y de la acción menos.

Para que el hombre sea verdaderamente él, debe amar la soledad, pues sólo en ella puede ser libre. La sociedad restringe mucho. Schopenhauer cree que el valor de un hombre se mide según ame o soporte o evite la soledad. Más valor entre más la ame. Ningún hombre puede estar perfectamente de acuerdo con nadie más que consigo mismo.

Esa genuina, profunda paz de la mente, esa perfecta tranquilidad del alma que, después de la salud, es la más alta bendición que en el mundo se puede conseguir, sólo se logra en soledad y, como un estado de ánimo permanente, sólo en completo retiro. Y entonces si hay algo grande y rico en el propio yo de un hombre, su forma de vida es la más feliz que se puede encontrar en este desgraciado mundo.³²

Estos consejos y máximas, producto de la filosofía moral de Schopenhauer y de una vida larga y sabia, señalan que la felicidad es posible. Como Aristóteles, nuestro autor pensaba que el arte de vivir se puede aprender. La formación del carácter, o su corrección y mejoramiento, es el camino de la felicidad. No hay saber más importante, no hay mejor esfuerzo.

³² *Counsels and Maxims*, p. 9. “Déjeme aconsejarlo a formar el hábito de llevar su soledad con usted cuando esté en sociedad, a aprender a estar en alguna medida solo aun cuando esté en compañía: no diciendo de inmediato lo que piensa y, por otra parte, no dándole un significado muy preciso a lo que otros dicen... siempre practicando una loable tolerancia”, *Counsels and Maxims*, p. 125.